

Finalmente, períodos líricos como: «las cumbres del dolor», «dorso de la bondad», «la nube de tristeza», «nube de acentos», «desembarco del placer en la sonrisa», «las ramas del silencio», «colina de ternura», etc., producen la caída casi total de su estilo. Este género de metáforas que podríamos denominar «abstracto», es siempre en exceso peligroso, por su vulgaridad, por su facilidad que ciega al poeta y su gran endebles lírica.

Vitureira, poseedor de sabios puños de poeta, no se merecía una derrota. Empero, ¿cuál de nosotros es infalible?—ANTONIO DE UNDURRAGA.



<https://doi.org/10.29393/At225-10AGVC10010>

ALGUIEN GOLPEÓ A MI PUERTA, de César Lavín Toro. Ediciones Nascimento, 1943

Es agradable encontrar entre la multiplicidad de libros publicados uno que sea de amable estilo, de sugerente significado, de contenido vital, a pesar de sus imágenes poéticas. Alguien decía, hace mucho tiempo que la sorpresa era evidente cuando de improviso, se encontraba con alguien que escribiera bien, sin saber, sin haber sabido nunca de ella, ni siquiera por una fácil referencia. Pues bien, con César Lavín nos ha ocurrido esto. Su libro «Verticales», que tanto éxito tuvo en su aparición, no había pasado nunca por nuestras manos, y ese rumor crítico que afuera se escuchaba, no podíamos precisarlo, no sabíamos si su significado, relativo para nosotros, convergía patentemente sobre el volumen.

Era así, en efecto. Pero ahora no podríamos referirnos a él, por cuanto tenemos la cordial aventura de otro volumen, de un mundo que, si diferente, tiene polos de contacto con «Verticales»... Y es que su autor se desarrolla en un plano de persistente estilo, de flotantes rutas, por las que es necesario pasar con la constancia viva y los sentidos puestos a toda honda.

«Alguien golpeó a mi puerta» reúne, sin embargo, cualidades demostrativas que encierran la perfección de un escritor que ha hecho, con naturalidad, todo lo posible por conseguirla. No se trata de esfuerzos dilatados. Tampoco de una mecánica costumbre de subrayar lo ya construído. Ciertamente Lavín disloca las acciones en poesía viva. Y esto lo consigue dentro de un medio sin rebuscamientos. Porque si su poesía no ofrece un hallazgo de cierta profundidad, tampoco es menos cierto que lo poemático en la obra no es despreciable, por cuanto tiene naturaleza poética, sin caer precisamente en la vulgaridad de los conceptos expresados.

Y es que para no caer en lo vulgar, es necesario la dosis de talento expresivo que luce Lavín en cada página, en cada párrafo y ya en cada libro suyo. Y no es que este comentario trate de justificar el libro como una obra cumbre o fama impertinente. No podría ser. El libro de Lavín recoge un rito, un murmullo, un ambiente, un determinado sitio de reflexiones y pensamientos por los que desarrolla su original medida. Y esta verdad puede confirmarse leyendo la obra, comprobando cómo Lavín huye de lo trascendental, y busca su verdad dentro de un medio que ya domina, pero que trata de extender y perfeccionar como ya lo hemos insinuado.

Puede que falte una espina dorsal en la obra. Tal vez no halle Lavín ese contenido formal, contundente que exige una novela, un relato, un cuento, o, en fin, todo lo que caiga en las fuerzas determinadas de una designación. Porque a decir verdad, este libro de Lavín Toro no es una novela, no es un libro de cuentos y su casillero es el poema en prosa, un determinado juego de posibilidades y contenidos para los que la divagación, cae en la materia de las realidades.

Y dentro de toda una imaginería laudable y limpia, hay de todo.

Posiblemente no quiera Lavín extraer de su maravilloso catálogo algún tema «de fondo» y lanzarlo por las correrías

casi peligrosas de un libro. No es que se eche de menos. Pero sí da la impresión que la obra fué un deseo de novela, un deseo de cuentos y resultó una sencilla realidad de poesía. Y como allí hay de todo, como un jardín bien cuidado, aquí aparecen los pensamientos, allá están las anécdotas, acá el amor, más allá se dice algo de la guerra, en tanto que otros instantes pulsán las virtudes, las inquietudes y lo mecánico de un avión desconocido, que se insinúa cariñosamente.

Pero por sobre todas estas cualidades, por sobre todos estos dones que hemos anotado en la obra de Lavín, se destaca su calidad de buen escritor. No hay nada transcendental, no hay nada que intente cambiar el mundo, en este agradable volumen de prosas. Y, sin embargo, se toma el libro, se abre en cualquiera de sus páginas y allí está una prosa bien escrita, un lenguaje de escultura sencilla, por bien realizada, sin puntos de contacto con todo lo vulgar, que con visación de sencillez circula entre la relativa mente cursi del mal gusto.

Libro de honrada realización, el de Lavín destaca una técnica agradable, una justificación necesaria, a la vez que produce una reconfortante impresión en quienes, a veces muchos, buscan llenar sus ojos con la multiplicidad azul de los sueños, en esa eterna gravitación de puntos apartados y, como siempre, requeridos.—VÍCTOR CASTRO.



LA LITERATURA FRANCESA DESPUES DEL ARMISTICIO

Los tres años que acaban de pasar han sido vividos por Francia de una manera dolorosa, honrada y paciente en todos los conceptos. La literatura no ha sido una excepción. La resistencia que la intelectualidad francesa ha opuesto a las ideologías extranjeras y a sus intrigas insidiosas de renuncia han